perfecto. Sí, Padre Santo, nuestras son las glorias del Papado, nosotros somos los vencedores. Por esto el último Congreso de la Nación expidió un decreto declarando la Bodas de Oro de su Padre fiesta cívica en toda la República; por esto el Presidente actual de acuerdo con las Cámaras Legislativas se ha apresurado á daros en una insignificante dádiva una prenda inequívoca del amor que os profesa; por esto los hijos del Ecuador, entre sus humildes dones, envía á Roma el retrato del Héroe Católico del siglo, del inmortal García Moreno, presentando á las naciones su célebre protesta. Recibid, oh Padre Santo, estas, si bien cortas, muy significativas muestras de nuestra veneración y ternura filial para con vuestra sagrada persona, y bendecidnos. Bendecid, Padre Santo, á los oscuros redactores de esta Revista religiosa que tienen abiertas sus columnas á vuestras enseñanzas infalibles y no pierden de vista en sus trabajos las altas inspiraciones de vuestra celestial sabiduria. Lo hemos jurado ya y hoy renovamos nuestro juramento. Promoveremos hasta el último trance la gloria del Divino Corazón de Jesús en nuestra apartada República y sostendremos hasta la muerte los intereses de la Iglesia, los derechos del Papado, los fueros todos de la verdad y de la justicia.

Felicitamos también, de lo íntimo de nuestro corazón, á todas esas naciones grandes y poderosas, á todos esos monarcas nobilísimos y muníficos que abatiendo hoy su poder y sus glorias delante del trono pontificio, celebran las Bodas de Oro de Nuestro Padre amado venerándole, y se encumbran venerándole, á la altura de la verdadera civilización que no puede desenvolverse plenamente sino en el regazo de la Iglesia. Felicitamos desde aquí y saludamos cariñosamente á la Alemania sabia, á la Austria magnífica, á la Italia generosa, á la Francia entusiasta, á la Inglaterra juiciosa, á la España grave, á la América fogosa, á la Australia nueva saludamos y abrimos los brazos á todos los pueblos de la tierra, porque ellos en la celebración de las Bodas de Oro hieren de muerte á las tres grandes barbaries del siglo décimo nono: la barbarie de la incredulidad, la barbarie de la revolución, la barbarie del egoísmo. No ha muerto, nó, la Iglesia; vive ella y vivirá perpetuamente para triunfar en la sucesión de los siglos; éste es su destino inmortal . . . ¡Viva León XIII, viva el 31 de diciembre de 1887! Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!!

APENDICE

 Π

LA IDOLATRIA DE LA PALABRA

DISCURSO ACADEMICO

en contestación al de recepción del Sr. D. Honorato Vázquez.

SEÑORES:

Cábeme la honra inmerecida de representar por vez primera á la Ilustre Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, en el acto solemne de recepción del nuevo académico, el muy distinguido joven literato y poeta cristiano Sr. D. Honorato Vázquez. Esta honra que me hacéis, en su relación con la benevolencia con que me llamásteis á vuestro seno, labra en mi alma gratitud profunda para con vosotros; mas en su relación con el deber que me impone-dígolo sin ambages-es hoy para mí sobremanera abrumadora; me intimida. Debo contestar, como académico de número, y en nombre de tan ilustrada y sabia corporación, al brillante, elocuente, religiosísimo discurso del nuevo candidato en circunstancias para mí imprevistas, que, como no lo ignoráis, me obligan á una improvisación casi del momento. No puedo, pues, ofrecer á vuestra atención trabajo serio; mas consuélame esta idea: así como en un lienzo magnífico las sombras realzan el colorido, así también en este acto académico mis no bien concertadas palabras darán nuevo esplendor al mérito in-disputable del discurso que en silenciosa admiración aca-bamos de escuchar. De este modo las palmas y coronas que en cuerpos como en el nuestro reparten la ciencia y la fe entre sus más mimados alumnos, serán hoy todas del Sr. D. Honorato Vázquez, á despecho de su modestia.

¡Miradle! es joven, bríllale en la frente el astro de la inspiración, y le arde en el pecho el fuego del entusiasmo. Es joven: necesita gloria; y nosotros, los que vamos declinando hacia el ocaso de la vida, agobiados por el peso de amargos desengaños, debemos ya dejar al joven, sin envidia, libre el paso á las conquistas de merecidas alabanzas.

T

Comienzo, pues.-La Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española, abriendo su seno al Sr. D. Honorato Vázquez, hace hoy en su persona adquisición honrosísima y de muy subido precio. Al afirmar esto, creo. Señores, que interpreto con fidelidad el pensamiento que ha debido ser para todos vosotros, como para mí, la consecuencia natural de la lectura de su bellísimo discurso. Este joven nos ha hablado una palabra tan fácil, tan grave, tan fecunda y tan hermosa, que no he podido menos de quedar, más que sorprendido, asombrado y orgulloso. Pero, ¿cuál es el secreto de esa facilidad, gravedad, fecundidad y hermosura de la palabra que acabamos de oir? Hé aquí un asunto digno de la investigación de este ilustrado cuerpo. Pues yo digo que el secreto está en que el Sr. Vázquez no es un literato Idólatra de la palabra. Explícome: en el consorcio humano, y sobre todo en los días que alcanzamos, existe un mal profundo y mucho más grave de lo que parece: la Idolatría de la palabra. En general la idolatría consiste en emancipar la criaturas del Creador, y rendir á éstas, así emancipadas, el culto debido únicamente á la Divinidad. En todo tiempo los hombres han idolatrado, "haciendo dioses hasta de los ajos y cebollas del Egipto", como notó el satírico romano. Pero estaba reservado á nuestro siglo hacer también de la palabra un Idolo.

Es la palabra humana un signo del pensamiento; es la sustancia del pensamiento la verdad; y es foco eterno de la verdad el Verbo del Padre. Pues ¿qué ha sucedido y está sucediendo en el mundo? Muchos, muchísimos, imnumerables, un diluvio de literatos, y oradores, y poe-

tas, y publicistas se han puesto á hablar sin pensar, y á pensar sin sustancia, y á buscar la verdad y la belleza fuera del foco de sus más apacibles y luminosas irradiaciones. Ha quedado la palabra sola, desustanciada, sin pensamiento, sin verdad, sin Dios; y esta palabra, así pobre, es el Idolo ofrecido á las adoraciones de una muchedumbre infinita de espíritus ligeros y frívolos, sobre todo en los pueblos de escasa fuerza y actividad intelectual. Priva hoy hablar y oir hablar; priva hoy leer y escribir. Para esto multiplicamos prensas, improvisamos tribunas, acortamos los plazos de las asambleas deliberantes. Ya lo observó el ingenioso y agudísimo Selgas, también académico: ¿Celébrase por ventura algún festín en el hogar doméstico? dejad que lleguen los postres, y un silencio imponente y solemne interrumpirá la hilaridad común, y una voz furtiva dirá de alguno de los convidados:-"Va á hablar"; y un eco sordo repetirá con urgencia: "Sí, sí que hable". ¿Y qué va á decir ese hombre en tal aprieto? Poco más ó menos nada: va á hablar por hablar. Pero entonces ¿ qué se pide á la palabra escrita ó hablada? Se le pide tan sólo algo que cause impresión grata, algo que satisfaga á las facultades puramente orgánicas, algo que divierta el ocio, que halague el oído, que sonría á la imaginación, que exalte y encienda las pasiones, Y, como para esto no es menester que la palabra sea signo de un pensamiento, ni el pensamiento un reflejo de la verdad, ni la verdad una vibración de la sabiduría infinita, quédase la palabra sola, desustanciada, sin pensamiento, sin verdad, sin Dios, arrancando de oyentes y lectores aplausos frenéticos y estériles admiraciones.

Tal es la *Idolatria de la palabra*. Esta existe, á no dudarlo, y tiene sus adoradores, sus sacerdotes, sus pontífices; porque, como muy bien observa Tertuliano, el antiguo usurpador de los honores divinos es la mona de Dios, y remeda sus obras. Los adoradores son los ignorantes, los perezosos y los hombres de instintos depravados; son sacerdotes los semi-sabios y semi-eruditos vocingleros; son pontífices los grandes sofistas, corifeos de la incredulidad moderna y enemigos de Dios y de las humanas sociedades. Todos estos idólatras pelean—¿ quién tal creyera?—contra el pensamiento, contra la verdad, y el Verbo del Padre, con la gramática, con los vocabularios y con las formas postizas, y fantásticas de que revisten la natural fealdad del vicio y del error. En esta idolatría la gra-

mática es todo, y todo es gramática; es una especie de panteísmo gramatical. Y hállase difundido en grandes zonas de la república literaria cierto espíritu de vértigo, del cual poseídos los hijos de Adán, se inclinan reverentes y glorifican fanáticos á esos sacerdotes y pontífices que no dejan de quemar incienso á su *Idolo*, la palabra, como he dicho, sin pensamiento, sin verdad, sin Dios.

Y ¿cuáles son los efectos de esta literatura que censuro? ¡Ah, Señores, sobremanera desastrosos, por todo extremo lamentables! Considerémoslos rápidamente en el

individuo y en la sociedad.

En el individuo este género de literatura es la muerte de la inteligencia, y la corrupción más profunda é incurable del corazón: y ved aquí el trastorno completo del orden psicológico y moral. En efecto, la inteligencia humana, para desenvolverse con ventaja, necesita ejercer cuatro difíciles operaciones, la atencion, la abstracción, la reflexión y la meditación: sin esto no puede haber hombre sabio. Pregunto ahora: ¿es posible, es concebible que un hombre anegado en mares sin fin de palabras, y aturdido por la incesante algazara de voces articuladas, fije detenidamente la atención en cuanto oye ó lee, en cuanto habla ó escribe? Nó, nó por cierto: Pluribus intentus, minor est ad singula sensus, que dice el adagio romano. ¿ Es posible, es concebible que quien se habitúa á no buscar en las palabras sino aquello que satisface á las facultades orgánicas, pueda elevarse á la abstracción y contemplación de lo intangible, invisible, inmaterial, incorpóreo? Nó, nó por cierto:—animalis homo non percipit ea, quæ sunt spiritus, como enseña San Pablo. ¿Es posible, en fin, que quien se complace en vivir fuera de sí y olvidado de sí mismo, quiera vivir consigo, y hallar dentro de sí, en la reflexión y meditación, la savia que debe nutrir su vida intelectual? Nó, nó por cierto: effusus es, sicut aqua, non crescas, como se lee en el Génesis. Y esto que la razón prueba a priori, confirmalo también la experiencia a posteriori. Lo cierto es que á proporción que va ganando terreno esta Idolatría de la palabra, vanle poco á poco perdiendo las ciencias metafísicas y exactas; lo cierto es que un joven que se entrega á lecturas frívolas y perniciosas, se hace incapaz de arrostrar el estudio profundo y sostenido de verdades austeras. De este modo la Idolatria de la palabra da muerte á la inteligencia.

Y ¿cómo corrompe el corazón en el orden moral?

Arrojándole al abismo de la postración más dolorosa. Dos son los pecados capitales de que, ordinariamente hablando, se hace reo un corazón corrompido: la soberbia y la impudicicia, ¿ Y habéis visto sobre el haz de la tierra persona más vanidosa y soberbia, más hinchada, más satisfecha de sí misma, y despreciadora de sus semejantes, que aquel que rinde culto exclusivo á la palabra? He conocido muchos teólogos profundos, algunos filósofos y naturalistas sabios, uno que otro orador elocuentísimo é inspirado vate; y siempre observé que en ellos competían con igual ventaja la modestia y el mérito: el mérito á presentarlos, la modestia á esconderlos; el mérito á encumbrarlos, la modestia á abatirlos; el mérito á coronarlos, la modestia á negar á los laureles la frente ruborosa. No así aquél: maneja, ó cree manejar bien un idioma, habla castizo, se llama literato? Pues para él este es el título en que funda una superioridad indisputable sobre hombres y cosas y hasta sobre Dios mismo. A nadie ama y aborrece á todos, si ya no es á quienes le aplauden y le admiran. Pero aun ese amor no se reduce sino á aceptar con desdeñosa y compasiva condescendencia el humo del incienso que le queman. En su propia estimación y concepto, es más obispo que todos los obispos, más pontífice que todos los papas, más Augusto que todos los Augustos, más Solón y Licurgo que todos los Licurgos y Solones del mundo. A él correspondía, por derecho imprescriptible, gobernar pueblos y naciones, dictar leyes á los hombres y conducir invencibles ejércitos al campo de la gloria. En presunción satánica él solo quisiera llenar el mundo con el ruido de su mezquina celebridad. Y jay de los que no le rinden vasallaje! porque entonces, hiel destilan sus labios, cuandohabla; su tinta es veneno corrosivo, cuando escribe; espada es de dos filos su lengua, puñal alevoso su pluma. No hay decoro que respete, no hay dignidad que no ultraje, no hay virtud que no denigre, no hay patria que ame, no hay Dios á quien adore Así toda su gloria consiste en ser temido de los pusilámines, y merecer los aplausos de los perversos. Así este hombre se sustituye á su Idolo, la palabra emancipada, y pasa la vida adorándose á sí mismo y gozándose en fruición infinita de sí propio, como aquellos monjes infelices del monte Athos de que habla la historia de la Iglesia.

Abyssus abyssum invocat, dicen las Divinas Letras, un abismo llama otro abismo; y acaece, bajo el gobierno de

la Providencia, que las exaltaciones del espíritu humano son humilladas y abatidas por las ignominias de la carne. Si los idólatras de la palabra desustanciada son tan soberbios como he dicho, ninguno de vosotros podrá negarme que ellos son, por lo común, igualmente livianos é impúdicos. Cuando un deber indeclinable me ha impuesto la penosa tarea de pasar los ojos por esos partos infames de los esclavos del placer, harto más que en los escritos, he fijado la consideración en los autores; y os confieso que no he alcanzado á divisar en ellos alma, espíritu, sino concupiscencia y carne. Banquetes opíparos, manjares deliciosos, vinos exquisitos, armonías voluptuosas, lechos floridos, cuerpos desnudos, formas mórbidas, paroxismos, deshacimientos y agonías de amores profanos, impurísimos, inauditos, monstruosos, -- paraísos de Mahoma....-hé aquí los sueños, hé aquí los delirios, hé aquí la vida toda de esas criaturas desgraciadas, que de las cumbres fantásticas de mentida gloria, se precipitan con todo el peso de su soberbia, al abismo de la degradación para revolcarse en el fango. Y allá, á ese fango convidan también, y llaman con instancia á la debilidad para rendirla, á la pureza para mancillarla, á la inocencia para sacrificarla. ¡Ah fementidos, impudentes y crueles! ¡Ah idólatras de la palabra desustanciada, de la palabra sin pensamiento, sin verdad, sin Dios!

II

Paso, Señores, á otra consideración. Allá en tiempos remotísimos, cuando los hombres no hablaban sino un solo idioma, juntáronse, en la vasta y espléndida llanura de Sennaar, y antes de repartirse por las diversas regiones de la tierra, concibieron el proyecto de legar á la posteridad un monumento gigantesco que llegase hasta el cielo, y perpetuase, al través de los siglos, su memoria. Uniéronse todos en un mismo pensamiento y voluntad, y pusieron manos á la obra. Mas como Dios observase que la idea no era sino inspiración de la soberbia; bajó de los cielos, destruyó la obra comenzada y desconcertó para siempre los planes de ambición audacísima con un medio divinamente ingenioso, con ese repentino rompimiento de la unidad de lenguaje que la Historia conoce con el nombre de Confusión de Babel. Pues bien: estamos en el siglo décimo no-

no de la Era Cristiana, y éste, antes de morir, quiere también dejar á las futuras generaciones un monumento suyo, que si no es torre construída de ladrillos, es edificio grande y rico de la civilización moderna en que holgadamente quepan todos los hombres, y familias, y razas, y naciones. Proclama la Unidad en todo y para todo, llama las cosas á un solo centro, y pretende condensarlo todo en un punto. El racionalismo se esfuerza en dar unidad á las ciencias abstractas, aunque sea por medio del panteísmo alemán ó del eclecticismo francés; el materialismo se empeña en dar unidad á las ciencias experimentales, aunque sea por medio del darwinismo ó de cualquiera otra hipótesis que reduzca toda la naturaleza corpórea, si es posible, á un solo elemento primitivo. Los filólogos, cansados ya de estudios comparativos, desearían también dar unidad á la palabra humana, prescribiendo á todos los hombres una lengua, un mismo idioma. Los deistas se deciden por la moral universal, y los falsos políticos pregonan si no la etnarquía, también universal, -porque parece impracticable,-á lo menos el nihilismo, para dar á gobiernos y pueblos siguiera la unidad pavorosa del vacío. Mas como estas aspiraciones del siglo son sugeridas por la soberbia humana, y los medios que se emplean para satisfacerlos son absurdos unos, y otros intrínsecamente malos, permite Dios, para frustrar los designios de los hombres, que la razón emancipada rinda parias á la Idolatría de la palabra sin pensamiento, sin verdad, sin Dios, á fin de que los sabios del mundo se vean envueltos en una nueva confusión

Pero observad, otra cosa aun más sorprendente todavía. No todos los medios empleados por los hombres para llegar á la *Unidad* son malos ó ineficaces; al contrario, en la vida práctica de los pueblos las ciencias de aplicación nos suministran tantos inventos útiles y buenos, que parece podíamos contar seguramente con ellos para darnos cuanto antes todos los nacidos un abrazo fraternal en el templo de la concordia y de la paz. Hoy se cortan los istmos para juntar los mares, se allanan los montes para tender los rieles, se envuelve el mundo todo en red prodigiosa de alambres para que vuele sin cesar el pensamiento, y pase del uno al otro polo con la celeridad del rayo. Imprenta, vapor, telégrafo, teléfono....¿qué es esto? á dónde vamos? Vamos, Señores, á la unidad universal.... mañana no habrá fronteras, mañana no habrá distancias,

369

mañana el humano linaje será un solo redil con un solo pastor: et erit unus pastor, et unum ovile! Mas, ¿ qué he dicho? deliro? Ah, sí, deliro ... qué amargo desengaño! ... La palabra desustanciada, la Idolatría de la palabra frustra de un golpe todas mis esperanzas, desvanece todas mis alegres visiones, y disipa, acaso para siempre, todos mis ensueños de gloria! Sí: porque, gracias á ella, mientras más crujen las prensas, más se entrechocan las ideas; mientras más se hablan los hombres, más se propagan las mentiras; y mientras más se tocan los cuerpos, más se apartan y dividen las almas. Así, muerte de la inteligencia en el orden psicológico, corrupción profunda en el orden moral, extravío de la razón colectiva en el orden científico, y anarquía universal en la vida práctica de las humanas sociedades, efectos son por todo extremo lamentables de la Idolatría de la palabra.

Ahora bien, comparad este cuadro, aunque imperfecto, que acabo de presentaros, con el discurso del Sr. Vázquez, y hallaréis sin esfuerzo que el nuevo candidato no es idólatra de la palabra, y que por lo mismo su nombre honrará siempre á la Academia Ecuatoriana Correspondiente de la Real Española. Yo pienso que ningún académico de la lengua castellana debe incurrir jamás en el pecado de idolatría. Nuestras academias son, todas cristianas y deben su origen al catolicismo: siempre comienzan sus sesiones invocando al Dios único y verdadero á quien adoramos con fe sincerísima; y pienso con mayor razón que ningún académico puede ser, en el sentido ex-

puesto, Idólatra de la palabra. Cúmpleme aquí hacer una aclaración y protesta que juzgo necesarias. Alguien pudiera, al oir esta invectiva, decir para sus adentros:-"¿Y qué académico es éste que en el recinto de sesión solemnisima osa levantarse contra la palabra, sirviéndose de la palabra misma? ¿ Qué espíritu es éste tan sombrío y austero, que pretende encerrar las almas en la soledad de una contemplación silenciosa, y condenar el entendimiento á taciturnidad absoluta? Los cargos son gravísimos, y debo darles contestación satisfactoria. Yo, Señores, declaro y protesto que cuanto llevo dicho, y mucho más que pudiera añadir, lo dirijo y dirigiría exclusivamente contra la corrupción, adulteración y profanación sistemática de la palabra: á estas corruptelas, por desgracia tan generales, tan desvergonzadas, tan funestas, he llamado Idolatría de la palabra. A ésta, sí, detesto

y abomino con toda la aversión y el odio de que mi alma es capaz, porque no soy idólatra. Y si previese un triunfo completo suyo en toda la república literaria, tan de veras la temo y aborrezco, que pediría á Dios que en vez de la confusión babilónica, nos castigase á todos paralizándonos la lengua y dejándonos mudos. El silencio sería horroroso, es verdad; pero mi razón le prefiere al reinado tiránico y destructor de la palabra universalmente corrompida, adulterada y profanada. El silencio sería solemnísimo, es verdad; pero ¿sabéis cuándo bajó el Verbo del Padre para resonar en todos los ámbitos del mundo de modo que le oyesen todos los hijos de mujer? Oídselo al Sabio en su coloquio íntimo con Dios:-"Cuando un tranquilo silencio, -notadlo bien, -ocupaba todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso se hallaba en la mitad del camino, tu omnipotente palabra, oh Señor, desde el cielo, desde tu real solio, cual terrible campeón, saltó de repente en medio de la tierra condenada al exterminio; y con una aguda espada que trasa tu irresistible decreto, á su llegada derramó por todas partes la muerte; y estando sobre la tierra alcanzaba hasta el cielo " Pero digo: ¿ El Verbo del Padre derramó por todas partes la muerte . . . ? Señores, el Verbo del Padre derramó por todas partes la vida; pero derramóla á costa de la muerte de todas las idolatrías y es una de ellas la Idolatría de la palabra, que yo también, con el Verbo del Padre, condeno y entrego á la muerte. No aborrezco, pues, la palabra humana: ¿ni cómo había de aborrecerla, cuando de ella me sirvo para condenar su infame idolatría? Nó, no la aborrezco. Palabra humana, yo te amo como dón regalado que me hizo en la creación el Padre que tengo allá en los cielos; como una difusión incomprensible del Esplendor de la gloria del Padre, Esplendor en gendrado que es Hijo, y es también Palabra; yo te amo como lazo y red de amor tendidos para estrechar eternamente á las generaciones, por el Espíritu Santo. Palabra humana, yo te respeto y venero como un misterio profundo, impenetrable. Dime, ¿cómo saliste del seno de la divinidad, y entre resplandores de gloria te posaste en mi lengua? ¿Cómo encarnas mi pensamiento y llevas con él, al pronunciarte, mi alma toda á todos los que me oyen, sin que se parta ni divida pensamiento ó alma, y quedándome yo con alma y pensamiento?
¿Cómo te conviertes de sonido en letras, y pasas por la presión del bronce para multiplicar y perpetuar mi pensa-51

miento, y llevarme allá donde no estoy, y salvar mi alma en la tierra del olvido de la muerte? Misterio, misterio! Los misterios son divinos, y yo amo, respeto y venero lo divino. Palabra humana! En los labios de la sabiduría, semilla eres fecunda que enriqueces el entendimiento con sazonados frutos, y deleitas castamente el sentido con inflexiones y armonías que no sé cómo hurtaron los hombres á los ángeles. En los labios de la virtud defiendes y guardas la inocencia, corriges el vicio, propagas el bien, extirpas la maldad, y viertes bálsamo suavísimo en las hondas heridas del corazón. Palabra humana, te habló Cristo; te divinizaste en sus labios; y así divinizada pasaste á la boca de la Iglesia, para que ella te pronunciara infalible, irreformable en toda la extensión de la tierra y hasta la consumación de los siglos. Estás, pues, consagrada, estás santificada Adultero os quien te corrompe; y quien te profana, sacrílego.

Ved ya si puede ser hostil á la palabra humana quien tales ideas tiene de ella. Cuando condeno la *Idolatria de la palabra*, defiendo la palabra misma; y estoy en lo justo y razonable, cuando digo á los necios:—Si habéis de hablar mal calláos; si habéis de escribir peor, quebrad las plumas: nada perderá en ello la república de las letras.

Por lo que toca á nosotros, deber es nuestro hacer de la palabra objeto preferente de estudio serio y concienzudo; deber es nuestro conservarle sus derechos legítimos, y restablecerla, siempre que sea necesario, en sus naturales condiciones de signo fiel y decoroso de pensamientos verdaderos y de ideas exactas. De esto nos ha dado hermoso ejemplo la Real Academia Española en la última esmeradísima edición del diccionario de la lengua. He recorrido en él varias definiciones de términos científicos, morales, políticos y religiosos; y he advertido, con suma complacencia, que todas ellas se han tomado escrupulosamente de los oráculos mismos de la ciencia y de la fe. Como académico correspondiente felicito á esa respetabilísima y sabia Corporación, y como Profesor de Filosofía del Colegio Nacional de Quito, y Sacerdote católico, le doy también cordiales gracias á nombre de la Iglesia y de mi Pa-

Mas no debemos circunscribirnos á sólo el cultivo de la palabra aislada. Un académico no es un dómine, es un verdadero literato. Sería, pues, obligación nuestra sumergir el pensamiento en el océano de la verdad, y adhe-

rírnos de corazón á lo que es su único principio y fuente,—
el Verbo encarnado que dijo de sí mismo: Ego sum veritas.
—Sería obligación nuestra declarar guerra á muerte á la Idolatría de la palabra, desacreditarla por cuantos medios estén á nuestro alcance, y tratarla sin compasión hasta proscribirla de todos los dominios literarios, y, si fuera posible, hasta anonadarla por completo.

El Sr. D. Honorato Vázquez comienza hoy su carrera académica llenando fielmente estas obligaciones y prometiéndonos en su elocuente y elevado discurso muy lisonjeras esperanzas. Venga, pues, el nuevo candidato, y según los estatutos, reciba nuestro abrazo fraternal.—He dicho.